



PRECIOS DE SUSCRIPCION: Madrid, en casa, 6 rs.; Provincias, trimestre, la inserción directa, 25 rs. por correspondencia; SOCIEDAD EDITORIAL Y ADMINISTRADORA, 600.

INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO.

OFICINAS DEL PERIODICO: Calle, 1, principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios y comunicados.

SAN ANTONIO DE LA FLORIDA.

La crítica literaria tiene dos temas tradicionales para ejercitar sus agudezas, el Manzanero y la Academia de la lengua; así como lo son para los quechilleros, el alcalde de Madrid y los cigarros del estanco. Limitando la consideración al Manzanero, confesemos que la humildad y pobreza de este río, más que motivo de burla, debía ser de compasión y de caridad. Cuando Madrid era un pequeño recinto murado, el Manzanero era un gran río para aquel pueblo sajón. El castillo se llama Villa, la villa se hizo cretá de las Españas, y el Manzanero, que no había crecido en proporción, quedó reducido á la condición de un arroyuelo. Otras arroyos han sido cantados en versos inmortales; solo á ti, desgraciado río, se corresponde ser objeto de ironía é inspirador de epigramas. Y sin embargo, en tu seno conoces desde su fundación la historia de la villa; tu viste colocar la piedra primera de su muralla más antigua; en ti hacían sus abluciones los moros que defendían su castillo y en sus márgenes plantaron sus reales las tropas de Alfonso VI. Cuantas piedras de tu fondo habrán caído desde las murallas de Madrid destruidas por las máquinas de guerra. Cuantos españoles ilustres habrán pisado tu arena menuda y cuantas tapadas habrán merendado en sus praderas. Eres casi lo único que nos queda de todo lo que se va! Y lo que se destruyese, siempre dejó, al disiparse, un rastro de misteriosa poesía.

La verbená de San Antonio tiene algo de aquello que se fue: las brisas dióscoras del Guadarrama, y el albu húmedo del Manzanero dan á la fiesta nocturna un gran carácter. Colocados de noche en el Puente Verde, de espaldas á la sierra; á la derecha las tapias y arboladas de la Casa de Campo; debajo, el río y las cascadas; á la izquierda, largas hileras de luces, y á lo lejos, la silueta gigantesca de palacio, con alguna ventana iluminada, y que la imaginación convierte en ventana del alcazar. Y el son de las guitarras, las seguidillas castellanas cantadas por voces femeniles, y los grupos que se alejan de la gente para ir por los sitios más sombríos, producen en el alma un delirio onírico; á veces se oye un gemido lejano que oprime el corazón.

—Alguien acaba de recibir una estocada; se dice uno estremándose; pero entonces desaparece toda ilusión, al oír estas frases viciosas y modernas: —Las comillas! ¡El inspector! ¡Acaban de dar un saujazo!

Lo que produce un contraste verdaderamente extraño, en las noches de verbená, con el rumor de los bailes populares, con el silbido de la locomotora y los acompasados golpes de la máquina en la estación del Norte; la bolganza y el trabajo; ésta canta, y aquel silba: lo antiguo y lo moderno se encuentran y saludan, como en las mascaradas, se dan bromas al templo y al pícaro, la cigarrera y la vestal. Sin embargo, la tierra sacada de un disimulo ha interpuesto una barrera entre la fiesta y los talleres, entre el camino real y la vía férrea, no pudiendo impedir que se mezclen y fraternicen en la atmósfera el humo del carbon de piedra y el que exhalan al freírse los hornos.

En otras poblaciones, San Antonio es el Patron de las niñas casaderas; en Madrid, para tener novios, no necesitan, sin duda, las muchachas recurrir á San Antonio, puesto que aquí crece el santo de devotas. Se de alguna ciudad de Andalucía, donde la festividad que hoy se celebra toma el carácter de un motín de doncellas contra el bendito patron, cuya efigie es maltratada con la familiaridad más irreverente: San Antonio es secuestrado ó amancebado en el altar y vuelto de espaldas, ó se ve hundido en un pozo, hasta que coga el don que se le pide. Será que la devoción de las madrilenas se consagra á San Isidro; pero en Madrid no hemos presenciado nunca esos motines de doncellas.

La rumbería es, sin embargo, bastante conocida: la sencilla ermita de San Antonio situada en un semicírculo de árboles frondosos, luce en su fachada principal dos frescos emparrados, y en sus bóvedas modestas otros frescos más famosos, dedidos al pícnol enjigon de Goya. Focos madrilenos acuden á contemplar esas pinturas; se necesitan ser artista ó extranjero

para bajar la cuenta de San Vicente, y somar mucho calor á causa de unos frescos. Solo creemos la parte exterior de la ermita y la fuente de los Ocos Caños, hoáilería de las reatas que visjan por aquella carretera; monumental de vida en otro tiempo de los aguadores ambulantes, hasta que el canal de Loozoy sirvió el agua á domicilio, como se vivirá algun día el vino, el aceite y el vinagre por medio de cañerías y tubos subterráneos.

De todas las rumberías, exceptuando la de San Cayetano, es la más danocrática la de San Antonio de la Florida. El sombrero de copa resulta de mal gusto en aquella manifestación de hogos y de gorras, y es acaso religioso á ciertas horas de la noche; el pueblo de Madrid ha aceptado casi todas las importaciones extranjeras, sin darse cuenta de su afrancesamiento; pero conserva en toda su pureza nacional el odio á lo histera: la civilización contiene los arroyos de esa malevolencia, en el trato frecuente y ordinario; pero no es pro-

dente excitar aquellos arraigados advenios en momentos de desahogo, de embriaguez y de trineles. Aplastar un sombrero de copa es una volupiosidad para el honrado nieto del chispero, que la vigilancia pública raras veces le permite. El moñolo ha aceptado el hongo, pero ha rechazado el sombrero alto; si cayera alguna vez en la tentación aristocrática de comparir, él mismo lo epistolaría al mirarse en el espejo. Sin embargo, la influencia de las nuevas construcciones en aquella parte de Madrid, se nota ya en el traje de los concurrentes á la fiesta.

En el clima y estación en que las verbenas se celebran constituyen una exposición de las más grates: una temperatura suave oportuna á dejar las calurosas habitaciones de las clases poco acomodadas; la oscuridad anima á los más tímidos, y bajan hacia el Manzanero grupos alegres de mujeres y hombres, aquellas en aia y cantando alegremente, mientras los otros rascan sus guitarras;

el frescuillo de la noche se une á de las macetas y cascadas de flores pastos á la venta; qué bien luce la alhambra y el garbón en esa noche la anezena en la Florida de San Antonio, y en su verbená rara vez se vé esa dor en el petado de las moras.

El observador y el curioso se visten de chaqueta, se plantan una gorra, toman los garrotes, y acuden á la fuente de San Vicente; los bunelos calientes quitan su apetito; la escita de los bunelos es el aguardiente; el alcohol y las guitarras animan á bailar.

Lector grave y sesudo. ¡No has echado alguna cana al aire en las verbenas de San Antonio! El pueblo madrileño se expansivo en esos días; las muchachas van allí para moverse el vino y la curiosidad son los principales motivos más poderosos; yo sé de un señor y su criada que estuvieron bailando juntos hasta el amanecer sin conocerse. Desde aquel día los garbanos salieron siempre juntos, y el genio del señor se hizo muy blando.

Hay un par de horas en que el ruido es astronómico: los bailarines brasan y seorean con vigor extraordinario; los cantares aturden; las voces se hacen más nasas y chillonas, y hasta los bunelos voltean con más velocidad en las calderas. Bajo los alamos de la Virgen del Puerto, el amor tiende sus alas misteriosas; y dos mil corazones de soldados, á los ecos corceos de la fiesta, palpitan en los cuarteles de San Gil y la Montaña. Cuando el sol alumbrá aquellas escenas, la dispersion es lamentable; las caras están amarillentas y jerosas; los trajes descompuestos, y los peinados han sufrido extrañas alteraciones: yo vi una moza, está mañana, que se retiraba á su casa bebida y sonolienta, con el pelo enredado de malvas y manzanilla.

—Sería un milagro si hubieran brotado aquellas malvas en el moño.

Quédese á la consideración de las desventajas.

José Fernando Ercena.

DE COMO SE CREA UNA RELIGION.

Continuación (I).

—No nos preocupamos, dijo, de los peligros á que puede exponernos nuestra conducta. Queremos saber si nos equivocamos, y en este caso, que se nos saque del error. Nuestro jefe (el milardo) á quien han sido expuestos estos peligros, no ha vacilado en responder á los que se aconsejaban que no precipitase las reformas. Puesto que el país está atrazado en más de un siglo con respecto á Europa, es necesario avanzar rápidamente para reparar el tiempo perdido. Si la revolución me rescree la muerte de Luis XVI ó de Carlos I, adelante la revolución, no intentaré yo detenerla por eso. Y cuando nuestro jefe ha hablado así, igneréis que nosotros vacilamos la doctrina de Kó sa (Confucio) ha balseado nuestra idea durante un período de más de diez siglos. La del Hotoé (Eudis), ha sumido á la nación en un sueño de muerte. Nosotros no queremos dormir, queremos vivir despiertos, y para ello abandonaremos, si preciso fuere, á Hotoé y á Kó sa; á nuestros Museos de antigüedades. Pero una vez hecho esto, deseamos conocer y adoptar la religión científica de Occidente.

Como se vé, la religión científica del Occidente había transformado la cabeza á más hipótesis. Y era el caso que yo no la conocía mejor que ellos. Les rogué que tuviesen la bondad de explicarme que entendían por religión científica.

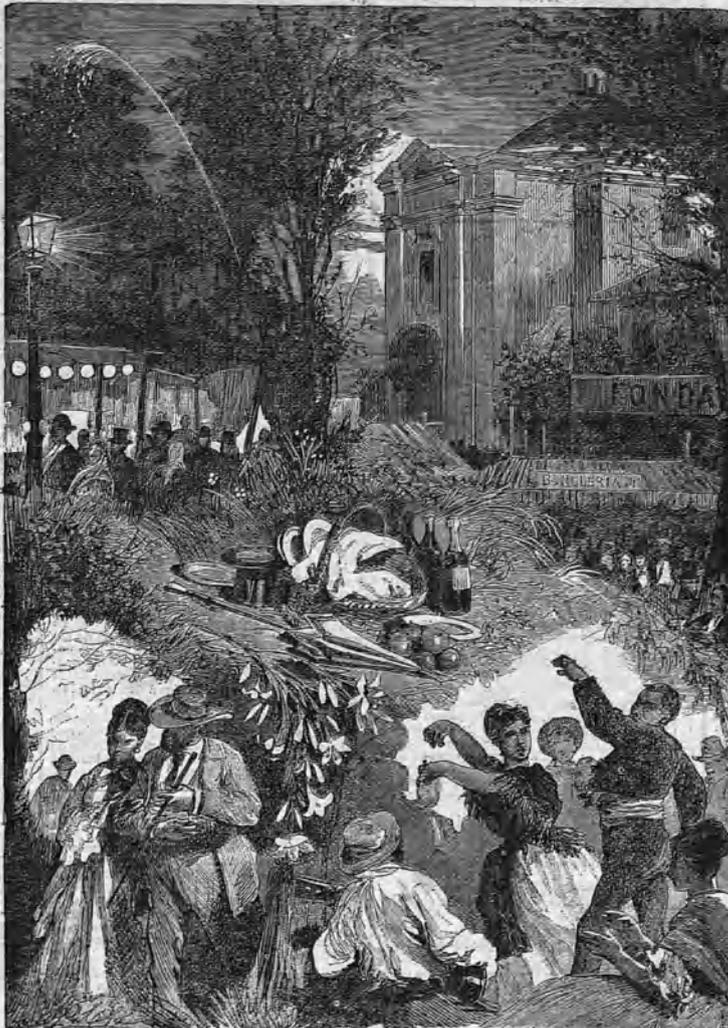
No se hizo esperar la respuesta; pero no hallé en ella elemento alguno en que poder fundar una contestación capaz de satisfacerlos.

—Esta religión, dije entonces el que acababa de hablar citándose una multitud de nombres muy mal pronunciados, es la de Calvino, Svedenborg, Lutero, Renan, Bouvier, Voltaire, Ercostero, Bat, Augusto Comte, Malhotra y... (no se por qué) del marqués de Argente, expuesta en las Cuestiones de Zapata.

Y por vía de parentesis me preguntó en qué época había vivido Zapata.

Las dificultades de mi situación crecían por momentos.

(I) Véase nuestro número de 29 de...



San Antonio de la Florida.

